

ras en el golfo de Panamá, dirigiéndose al Sur; pero se hizo á la vela en la estación menos á propósito, y los vientos periódicos le eran contrarios.

Natural era que Pizarro, privado de conocimientos especiales y positivos, hallase grandes obstáculos: queria dirigirse hácia el Sur, mientras que los vientos soplaban directamente al Norte.

Después de una navegación de setenta días, después de una lucha peligrosa contra las olas y los vientos contrarios, apenas habia pasado de la isla de las Perlas, situada en el centro del gran golfo de Panamá.



*Apuros de Pizarro y de sus compañeros.—Desembarco en las costas de Quito.—Huracanes, temblores de tierra.—Rebelion de Pizarro.—Sus catorce compañeros.—La isla Gorgona.—Llegada de un navio.—Desembarco en Tumbes.—Los peruanos.—El guanaco.—Pizarro en Madrid.—Vuelve al Perú.—IncurSIONES de los españoles.—El rio de las Esmeraldas.—Los incas.—Religion de los peruanos.—Las virgenes del Sol.—Legislacion peruana.—Usos y costumbres.—El noviciado de los soberanos.—Huana Capac.—Sus dos hijos.*

Los diversos parajes donde abordó Pizarro, debian inspirar un profundo desaliento á este jefe y sus compañeros: no encontraban por todas partes



mas que intrincadas selvas sin un árbol frutal, ó lagunas fangosas cuyas aguas estancadas exhalaban moféticos vapores, y por todas partes tambien acudían los pueblos salvajes para combatir y exterminar á los extranjeros. En lugar del oro que buscaban en aquellas costas, los españoles no habian encontrado mas que hambre, viéndose precisados para sostener su miserable existencia, á comerse los tiernos retoños de los árboles, y viéndose además acometidos de enfermedades á las que sucumbió la mayor parte de los compañeros de Pizarro. Viendo este su tropa tan debilitada, comprendió que debia volverse atrás en busca del refuerzo que Almagro habia prometido traerle. Se decidió á hacerse á la vela para Chuchama, situada en frente de la isla de las Perlas.

Almagro, fiel á su promesa, habia reclutado setenta hombres, y los traía á Pizarro, á quien suponía ya en el rico país cuya conquista habian proyectado. Dirigiéndose hácia este paraje, habia encontrado el mismo obstáculo que su compañero en los vientos contrarios: lo mismo que este habia tenido que combatir con los habitantes de las costas, y aun habia perdido un ojo en un encuentro muy vivo con los salvajes. En la isla de las Perlas supo dónde se habia refugiado Pizarro, y fué al instante á reunirse con él en Chuchama.

Esta reunion hizo olvidar á los dos aventureros los males que habian sufrido, y lejos de sentirse desanimados con tan tristes preludios, resolvieron

hacerse al instante á la vela. Esta vez fueron mas felices y llegaron, aunque no sin dificultades, á la bahía de San Mateo en las costas de Quito. Desembarcaron en Tucamas, cerca de la embocadura del rio de las Esmeraldas. Quedaron agradablemente sorprendidos con la fertilidad de una provincia que era la mas vasta y mas bella del imperio del Perú, porque á pesar de que este país se halla bajo el fuego del Ecuador, el aire es tan templado que ofrece la suavidad de una eterna primavera.

Pero este hermoso país se halla espuesto á tempestades y temblores de tierra tan frecuentes, que alejan de él á los europeos. La capital del Perú fué víctima cuatro veces de estos temblores de tierra: enteramente destruida por la quinta catástrofe hace mas de un siglo, fué reedificada; pero los habitantes, avisados al fin por una triste esperiencia, se guardaron muy bien de construir casas muy altas que no convienen á un país cuyo suelo se halla espuesto á tan frecuentes conmociones. Las edificaciones de solo un piso para que pudiesen resistir mejor á los temblores de tierra, conformándose en este particular á la antigua costumbre de los indígenas.

Pizarro y Almagro opinaron que seria una temeridad el intentar una conquista que podia presentar grandes dificultades, con una tropa debilitada ya con las fatigas de un largo viaje y las enfermedades, y se decidió que Almagro volviese á Panamá para buscar nuevos refuerzos, mientras que Pizarro



iria á esperarlos con los soldados que le quedaban, en la isleta del Gallo, situada á poca distancia de tierra firme. A consecuencia de esta resolucion, Almagro se separó de su compañero y partió á Panamá.

Pizarro abandonó bien pronto la isla de Gallo, que le ofrecia poca seguridad, y pasó á otra isla á la que dió el nombre de Gorgonia, á causa de los sombríos y espesos bosques de que estaba cubierta, y de las escarpadas montañas que la erizaban. Hacia ya cinco meses que estaba en ella y todavía no habia llegado ningun navío con las provisiones y los refuerzos que esperaba. Trató entonces de salir de una posicion tan horrible y llegar á tierra firme. Comenzó á trabajar con ayuda de sus compañeros, en la construccion de una balsa, único recurso que se presentaba en medio de su desesperacion; pero en el momento en que trabajan con mas ardor en esta obra difícil, vieron venir un navío á toda vela hácia la isla.

Pronto llegó, y su arribo escitó trasportes de alegría, porque venia enviado desde Panamá por los asociados de Pizarro, que habian conseguido al fin el permiso del nuevo gobernador. Pizarro y sus catorce compañeros se embarcaron en este navío, haciéndose á la vela al Sud-Este hácia las costas del Perú.

Despues de veintiun dias de navegacion, entraron en la bahía de Tumbes, ciudad peruana. Apenas habian anclado los españoles, cuando acudieron

muchos peruanos manifestando la sorpresa que les causaba la vista del navío y de hombres blancos y con barbas. Despues se acercaron diez ó doce canoas llenas de peruanos que traian á los españoles bastimentos de toda especie en vasos de oro y de plata: todo esto lo enviaba el cacique, invitándoles al mismo tiempo á desembarcar. Todos querian bajar á tierra; pero Pizarro no concedió este permiso mas que á uno de sus españoles, acompañado de un negro. El diferente color de aquellos dos extranjeros asombró á los peruanos, que todos son de color de cobre, é hicieron un esperimientto singular con el negro, lavándole la cara á ver si se volvía blanco: la inutilidad de sus esfuerzos no hizo mas que redoblar su asombro y su admiracion.

Los dos enviados de Pizarro fueron recibidos en todas partes con el mayor afecto, festejando su llegada y ofreciéndoles en todas partes víveres y la hospitalidad mas generosa. Pudieron de paso juzgar de la riqueza del país por el oro y la plata que brillaban en las habitaciones.

La lana que los peruanos empleaban en sus vestidos, no era producto de verdaderas ovejas, sino de otros animales lanudos, á los que llamaban indistintamente llamas, carneros del Perú y guanacos.

Convencido Pizarro por la relacion de los dos enviados, de que seria una locura tratar de someter con tan escasa tropa un pueblo tan numeroso, dilató la ejecucion de su empresa y resolvió limitarse á explorar las costas de aquel hermoso país y adqui-



rir noticias esactas acerca de sus fuerzas y el régimen de gobierno de la nacion peruana. Con esta intencion se apresuró á dirigirse hácia el Sud.

De vuelta en Panamá, se creyó Pizarro que el gobernador viendo las pruebas de la riqueza de las comarcas visitadas por los españoles, le facilitaria su apoyo para preparar otra expedicion. En vano presentó á Pedro de los Rios los magníficos vasos de oro y de plata; en vano ostentó á su vista las telas de lana y de algodón que habia traído; en vano le enseñaba muchos jóvenes peruanos que habia embarcado para que le sirviesen de intérpretes; el gobernador permaneció indiferente y frio: llegando su prudencia á quivocarse con la cobardía, temió debilitar la colonia de Panamá permitiendo á Pizarro que reclutase nuevos soldados. Rehusó por consiguiente toda especie de socorro á los tres asociados, á quienes esta negativa puso en el mayor compromiso, porque estaban completamente arruinados y sin crédito para procurarse nuevos recursos.

Resolvieron dirigirse directamente á la corte de España, y Pizarro fué elegido para desempeñar esta difícil comision. Los tres compañeros lograron reunir los fondos necesarios para el viaje, y Pizarro partió. Presentóse á Carlos V, que entonces reinaba en España, y todos los que conocian al jefe de los aventureros quedaron asombrados de la dignidad y nobleza con que se presentó en la corte. La relacion que hizo al emperador y á sus ministros de los trabajos y peligros de la primera expedicion,

el cuadro que trazó de los vastos dominios que habia descubierto, y el acento de verdad de sus palabras, maravillaron á la corte imperial. Se apresuraron á concederle la autorizacion que solicitaba; obteniendo además el gobierno de todos los países que conquistase y la dignidad de juez supremo, sin embargo de que se habia comprometido á pedir esta dignidad para su amigo Almagro. Fernando de Luca, el tercer asociado, como que era eclesiástico, no inspiraba recelos á la ambicion de Pizarro, y así no tuvo queja de infidelidad, porque á petición de Pizarro, le concedieron la dignidad de arzobispo de todos los países que fuesen conquistados.

Así que Pizarro entró en el golfo de Méjico, se dirigió hácia Nombre de Dios, desembarcó con sus compañeros y siguió á lo largo del istmo hasta Panamá. Almagro se llenó de júbilo al saber el feliz resultado de las negociaciones de Pizarro en Madrid; pero cuando supo la deslealtad con que se habia portado respecto de él, se llenó de indignacion y declaró que no queria tener mas relaciones con un hombre que le habia engañado tan indignamente. Al fin Fernando de Luca consiguió reconciliarle con Pizarro, que ofreció cederle la dignidad de juez supremo. Entonces los tres asociados se ocuparon con la mayor actividad en los preparativos de la expedicion.

No se componia mas que de tres navíos pequeños y de ciento ochenta soldados, entre los que se contaban treinta y seis ginetes. Se hizo á la vela á



principios del año de 1531. Pizarro quería desembarcar en Tumbes; pero fué alejado por los vientos y las tempestades y tuvo que entrar en la bahía de San Mateo, desde donde resolvió ir por tierra á Tumbes, aunque era preciso atravesar un país cubierto de lagunas intransitables y cruzar grandes rios cerca de su desembocadero. Durante esta penosa marcha, los españoles hubieran podido hallar algunos auxilios en los indigenas; pero éstos huian al acercarse unos estranjeros cuyos pasos iban señalados con las violencias y rapiñas. Faltos de víveres y en vísperas de morir de hambre, llegaron á Conca, ciudad situada cerca del mar y casi debajo de la línea. Se arrojaron cual lobos hambrientos que invaden un rebaño, sobre la desgraciada ciudad, ahuyentando á los habitantes para saquearla. Se apoderaron no solo de los víveres de los indios, sino tambien de muchos vasos de oro y plata y de esmeraldas. Estas piedras preciosas se hallan con tal abundancia en este país, que han hecho dar al rio que le baña el nombre de rio de las Esmeraldas.

Despues de haber permanecido algun tiempo en la isla de Puna, que está situada en el golfo de Guayaquil, salió Pizarro de esta isla para volver al continente. Se dirigió á marchas forzadas hácia Tumbes; pero habia llegado allí la noticia de las rapiñas de su tropa, y en lugar de hallar en los habitantes la hospitalidad y afecto que tanto habia tenido que alabar, no encontró mas que disposiciones hos-

tiles. Habian tomado las armas, y con el cacique á la cabeza se resistieron á todas las tentativas de Pizarro para que hiciesen alianza con los españoles.

¡Era forzoso combatir! Pizarro concibió el proyecto de sorprender al cacique con un brusco acometimiento. Parte acompañado de sus dos hermanos y de cincuenta ginetes, atraviesa por la noche un rio, y superando los obstáculos de un terreno intransitable, se presenta al romper el dia delante del campo del cacique. A vista de un enemigo que creian tan distante, y de los caballos, de aquellos monstruos, que con el ginete que los montaba tenian por un mismo animal, todos los peruanos huyeron poseidos de espanto. Pizarro y sus caballeros los persiguen y los dispersan, dando muerte á algunos de ellos.

Reconociendo su debilidad y el irresistible poder de tan formidable enemigo, el cacique envió regalos al vencedor, pidiéndole la paz con vivas súplicas. Este cacique no era soberano de todo el país, sino únicamente gobernador de todo el territorio de Tumbes: mandaba en nombre del rey, de quien era á un tiempo el teniente y el vasallo.

Pero antes de comenzar la narracion de las operaciones militares de Pizarro, debemos tomar de los escritores españoles, á pesar de que han mezclado algunas fábulas con la historia del Perú, los necesarios detalles acerca del imperio de los Incas, que va á ser bien pronto el trofeo de un aventurero afortunado.



Según estos historiadores, el imperio de los Incas del Perú se hallaba floreciente hacia ya cerca de cuatrocientos años. Fué fundado por Manco-Capaz y su mujer Mama-Ozello. A la voz de Manco-Capaz, los habitantes de este país montañoso se reunieron para escuchar sus lecciones y poner en práctica su enseñanza. Así fué como aprendieron á cultivar la tierra, á formarse vestidos y construir cabanas. Mama-Ozello por su parte, enseñó á las mujeres de estos salvajes el arte de hilar y de tejer, habituándoles á las demás ocupaciones de la vida doméstica. Así empezó para estos pueblos groseros una educación que suavizó sus costumbres y concluyó por darles las formas de una nación casi civilizada.

Estos legisladores substituyeron al antiguo culto de los salvajes, que sacrificaban á sus ídolos víctimas humanas, una religion que no reconocia mas que un Ser supremo: este era el Sol.

Se erigieron templos al Sol, como al dios de los peruanos. Los Incas, como descendientes del Sol, eran los únicos sacerdotes en los templos: las mujeres solteras de esta familia, á quienes se llamaba vírgenes del Sol, estaban consagradas á su culto, como las vestales entre los romanos, y aunque podian tomar esposo, habia de ser en la familia de los Incas.

Entre los peruanos la Luna era tambien considerada como una divinidad, aunque de orden inferior, y creian que podia morir. Su opinion acerca de los

eclipses era muy singular: cuando se verificaba alguno de ellos, creian que la luna estaba enferma, temiendo que se muriese, porque entonces cayendo del cielo haria pedruzcos la tierra.

Para conjurar esta catástrofe, daban grandes alaridos y redobles de tambor, con cuyo estrépito se mezclaba el discordante sonido de sus pífanos: tambien castigaban á los perros para hacerles aullar, porque creian que la luna tenia mucho cariño á estos animales.

El dia en que los peruanos concurrían á la reunion general con los príncipes de la familia de los Incas, era un dia de fiesta que empezaba y concluía con la música y el baile. Se cultivaban primeramente las tierras del Sol; despues las de los pobres y los guerreros, en seguida las de los Incas, y por último, la parte concedida al pueblo.

Gracias á esta comunidad de trabajos y placeres, los corazones de los peruanos se hallaban unidos con los lazos de un mútuo cariño. Queriendo á los Incas como si fuesen sus padres, obedeciéndolos como súbditos siempre dóciles, respetuosos se conformaban á sus órdenes, que miraban como sagradas: eran en su concepto, órdenes emanadas del mismo Sol, del que los Incas eran intérpretes y medianeros. Cuando un peruano habia contravenido á las leyes, venia á acusarse de aquella infraccion, se denunciaba á sí mismo y pedia el castigo de la falta cometida.

Los peruanos nada podian poseer en propiedad;



al fin de cada año se verificaba nueva repartición de los campos asignados á cada familia. En la ejecucion de esta medida se tomaba en consideracion el aumento ó disminucion de la familia, y de este modo se hacia imposible el dominio perpetuo.

Las pruebas á que tenian que sujetarse los jóvenes Incas antes de ser declarados hijos del Sol, exigian tanta constancia, firmeza y valor, como fuerza, sutileza y agilidad. Así es que debian hacer con su propia mano un arco y un flecha, una maza, un venablo, una onda, un escudo y un par de zapatos, ó mas bien suelas de correa atadas con cordones de lana.

Estas pruebas duraban un mes, y mientras que los jóvenes estaban sujetos á ellas, eran visitados continuamente por sus inspectores y sus maestros, que los exhortaban á mostrarse dignos de su estirpe, cuya gloria recordaban.

Once reyes habian ocupado sucesivamente el trono de los Incas desde la muerte de Manco-Capaz. El duodécimo de los reyes del Perú, Huayna-Capaz, dejó dos hijos: uno, llamado Huascar, habia nacido de una mujer de la familia de los Incas, y el otro, llamado Atahualpa, de la hija del rey á quien el último soberano habia quitado la provincia de Quito. Habia éste mandado que despues de su muerte los dos hermanos dividiesen el reino entre sí; reinando Huascar en el antiguo dominio de sus padres y Atahualpa en la provincia de Quito.

El pueblo se pronunció con energía contra una

disposicion que violaba la ley fundamental, la que prevenia que la primera condicion para ser soberano, era el provenir por línea paterna y materna de la familia de los Incas.

Huascar quiso aprovecharse de esta manifestacion pública que le era tan favorable, y hacer valer el derecho que le daba la ley fundamental. Por consiguiante, resolvió obligar á su hermano á que le cediese la provincia de Quito; pero Atahualpa le opuso una viva resistencia, la guerra civil estalló, y Huascar vencido cayó en manos de su hermano. Abusó éste cruelmente de su victoria, y creyendo consolidar su poder, mandó matar á todos los hijos del Sol de que pudo apoderarse por fuerza ó por astucia. Solo exceptuó á su hermano Huascar, prisionero, para no acabar de exasperar á sus vasallos irritados con su barbarie.

Tal era la situacion política del imperio del Perú cuando Pizarro formó el proyecto de conquistarle.

